

## La canción festiva

« Ya las cumbres del alto Somosierra.... »

es, en cierto modo, una parodia del *Vides ut altá stet nive candidum*, pero vale poquísimo.

Algunas de las fábulas de D. Félix María Samaniego, especialmente la de *Los dos ratones*, son tomadas de epístolas y sátiras de Horacio, aunque sus asuntos también figuran en diversas colecciones esópicas.

Poco diré de D. Pedro Montengón, puesto que este celebrado novelista y fecundo poeta fué ya ampliamente estudiado por mi erudito amigo D. Gumersindo Laverde, en uno de sus *Ensayos críticos*. Montengón es digno de loa; en primer término, por los asuntos nobles y elevados que fueron siempre materia de sus cantos; en segundo, porque fué á veces poeta en el pensamiento, aunque nunca ó casi nunca en la expresión. Las odas del ex-jesuíta alicantino se dividen en seis libros, agrupándose en el primero las *heroicas*; en el segundo, las compuestas en alabanza de personajes del siglo XVIII; en el tercero, las que celebran los progresos de la agricultura, la industria y el comercio; en el cuarto, las relativas á cosas de América; en el quinto, las *filosófico-morales* y *críticas*; en el sexto, las traducciones de poesías bíblicas. Las dos últimas secciones son las más apreciables, con no poderse

citar por modelo ninguna de las odas allí incluidas. Las de la sección quinta son casi todas horacianas en el pensamiento. El Sr. Laverde entresacó algunas estrofas que no merecen caer en olvido. Á cualquier poeta honraría esta de la oda *A Hermesinda*:

« ¿No ves esas estrellas  
Que brillan en el cielo?  
Son su corona: transformada en ellas  
Diciendo está á tu duelo,  
Que si Eurito te deja,  
Más digno amante acallará tu queja. »

Bello es este símil de la oda *A Taliarco*:

« ..... la risa amena  
De su hechicera boca  
Á la del mar en calma parecía.... »

Entre el fárrago de odas *heroicas*, *sociales* y de otro linaje que compuso Montengón, pertenecientes muchas de ellas, no por los aciertos, sino por el género, á la lírica horaciana, y notables casi todas por lo sano y generoso de las ideas y sentimientos, hay perdidos algunos rasgos y aun estrofas regulares, v. gr. ésta, salva sea la asonancia:

« Oyó el Tibre orgulloso  
So graves ruedas retumbar el puente,  
Oprimido del carro majestuoso  
Domador del Oriente,  
Y á los vencidos reyes  
Dictar tronando Roma altivas leyes.... »

Montengón es en todo un poeta de escuela.

Imitó, como tantos otros, el *Vaticinio de Nereo* y el *Beatus ille*.

No me detendré en D. León del Arroyal, que publicó un tomo de *odas* horacianas en buena parte de nadie leídas, y en las que apenas se encuentra nada tolerable. El ilustre crítico Fernando Wolf elogia, no sé por qué, á este escritor insípido, prosaico é insufrible <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Sus odas hacen el efecto de parodias de las de Horacio, á quien va siguiendo con tanto servilismo como impotencia. Así se comprenderá por los siguientes principios:

Oda 7.<sup>a</sup>

«Si á ofrecer sacrificios  
Á Apolo Clario, alguna vez llegares....»

(*Coelo supinas y Tu ne quaesieris.*)

Oda 11.<sup>a</sup>

«Aunque tengas más oro  
Que cría la ancha Arabia en sus entrañas....»

(*Nullus argento.*)

Oda 14.<sup>a</sup>

«Ya el alto Guadarrama  
Muestra llenas de nieve sus cervices.....»

(*Vides ut alta.*)

Oda 17.<sup>a</sup>

«De qué te sirve, di, Fabio avariento  
.....»

Oda 22.<sup>a</sup>

«No hay cosa más fugaz que son los años  
.....»

(*Eheu fugaces.*)

Oda 24.<sup>a</sup>

«Aunque más rico, mi Fabiano, seas  
Que el ponderado arábigo tesoro  
.....»

(Estos cuartetos son lo menos malo del tomo.)

Tampoco hemos de exhumar del eterno olvido en que yacen, los execrables versos que Trigueros quiso hacer pasar por de Melchor Díaz, poeta toledano del siglo xvi.

Menos malo que estos poetas es D. Vicente Rodríguez de Arellano, dramaturgo prolífico en aquellos días. Una oda suya *Al Altísimo* es imitación, aunque floja, de Fr. Luís, y horaciana *de segunda mano*, por consiguiente. Algunas estrofas están bien versificadas:

«Desde su rico asiento,  
Árbitro de los bienes y los males,  
De los rápidos orbes celestiales  
Regula el movimiento,  
Y con frágil arena  
Del Ponto airado la soberbia enfrena.»

Injusticia sería confundir al conde de Noroña con la turba de versificadores mediocres y ama-

Oda 27.<sup>a</sup>

«Tú cuentas lo sucesos  
De la guerra de Prusia y de Alemania  
.....»

Oda 29.<sup>a</sup> (*Á una vieja enamorada.*)

Oda en alabanza de Mayans:

«Á quien tú, Santa Diosa,  
Minerva, miras al nacer con blanda  
.....»

(*Quem tu, Melpomene, semel.*)

Las tentativas pindáricas y anacreónticas de Arroyal son todavía más infelices que las horacianas, de las cuales sólo se distinguen por el metro.

Tengo indicios para sospechar que fué Arroyal, y no Vargas Ponce, el verdadero autor de la célebre e sátira *Pan y toros*, malamente atribuida á Jove-Llanos.

nerados que infestaban nuestro Parnaso en el último tercio del siglo XVIII. El estro lírico del ilustre militar no era grande, pero al cabo le inspiró odas valientes y animadas, una canción erótica bastante linda, y algunos juguetes de sociedad dignos de conservarse. El prosaísmo y la frialdad son los dos pecados capitales de sus versos. En la colección de ellos abundan las piezas horacianas, ó con pretensiones de tales. Las ana-créonticas *Á Drusila*

« ¿ Por qué cuentas tus años,  
Drusila, tantas veces....? »

y *A la vuelta de la primavera*, están imitadas, aunque pobremente, del *Tu ne quaesieris* y del *Solvitur acris*. Sobre el último eterno tema compuso Noroña una silva, en que hay algunos versos regulares. Las odas son veintiseis, y sobre todas descuellan, sin ser de primer orden ni mucho menos, las dos que celebran *la victoria de Trullás y la paz de 1795*. En otras domina un intolerable prosaísmo: júzguese por el comienzo de la que quiere ser imitación del *Quis desiderio*:

« ¿ Quién no estará pasmado, sorprendido  
Y cubierto de susto....? »

De la oda *Al lujo*, donde hay estropeados pensamientos de Horacio, y pensamientos de Quedo, pudieran citarse muestras de increíble fal-

ta de sentido poético. Hablando de la frugalidad de los antiguos españoles, dice:

« Su estómago robusto  
Con jugoso jamón se contentaba,  
El ajo daba el gusto,  
Y la sana cebolla lo excitaba....  
..... ignoradas  
Eran las celebradas  
Salsas, con que el dinero  
Y el cuerpo nos consume el extranjero. »

¡ Esto se llamaba *poesía lírica* en el siglo XVIII!  
Hizo Noroña algunas odas *sáficas*, de tan perverso gusto como puede apreciarse por estas estrofas que al azar elijo:

« Allá está Venus con Cupido al lado,  
Allí Minerva de armas revestida,  
Allí está Juno con real corona,  
Allí están todas....  
Antes se acerca de la suerte cuando  
Bajó corriendo presurosa y triste,  
Porque á su Adonis con sangrienta saña  
Se lo mataban. »

Necesario ha sido presentar estas muestras del gusto poético dominante en la centuria pasada. Así será mayor el contraste que nos ofrezcan los ingenios de las escuelas salmantina y sevillana, y subirá de punto nuestro agradecimiento á los egregios varones que limpiaron de tales malezas el campo de la literatura castellana.

## X.

La escuela salmantina llevó á cabo una obra de verdadera regeneración en nuestra poesía, salvándola, al mismo tiempo, de los restos del *culteranismo* y de la calamidad del *prosaismo*. Que por evitarlos cayó á veces en el amaneramiento académico, no hemos de negarlo; mas ¿era posible otra cosa en las condiciones literarias del siglo XVIII?

La historia de esta escuela, en la época que vamos recorriendo, se divide naturalmente en dos períodos. Llenan el primero Fr. Diego González, Iglesias, Forner, Meléndez y Jovellanos; figuran en el segundo Cienfuegos, Quintana, Gallego, Sánchez Barbero y Somoza. Con ellos se prolonga este sistema poético en las primeras décadas del siglo presente.

Fr. Diego González entendió que para reanudar el hilo de la tradición literaria en Salamanca era preciso volver á Fr. Luís de León. Le imitó, pues, con admirable exactitud y pureza en las formas, pero sin asimilarse nunca el espíritu de su modelo, con quien tenía el suyo harto escasa analogía. No de otra suerte calcaba Monti el estilo de Dante en los cantos de su *Basvilliana*. Fué, por consiguiente, Fr. Diego González discípulo de Horacio, aunque en segundo grado, y fuélo

no con grandes bríos, pero sí con locución pura y castiza, del modo que testifican estas estrofas de la oda *Á Liseno*:

«¿Por qué te das tormento,  
Liseno, si te ha dado el cielo santo  
El mirar el portento  
Que al Tajo pone espanto  
Y á sus Lassos renueva el dulce canto?  
Dichoso y bienhadado  
Quien logra ver de Lisi la luz pura,  
Do con modo no usado  
La gran madre natura  
Cifró el numen, la gracia y la hermosura...  
Y aquel hablar sabroso,  
Entre carmín y perlas fabricado,  
Correr cual el precioso  
Raudal recién formado  
Sobre las puras guijas deslizado...»

Tal es el estilo de Fr. Diego González, digno de los buenos tiempos del habla castellana. Pero el mérito principal de este simpático poeta no ha de buscarse en sus versos de imitación clara y decidida, sino en aquellos otros de acendrada ternura y delicadeza en que cantó á Melissa y á Mirta, y en los donosos juguetes *Al murciélago alevoso*, *Á la quemadura del dedo de Filis*, y otros semejantes; composiciones unas y otras más geniales y más en armonía con la índole y tendencias literarias del dulce Agustino.

Muy diferentes eran las del célebre epigramatario D. José Iglesias de la Casa, que, sin em-

bargo, contribuyó no menos á conservar la tersura y limpieza del idioma, libre en él, como en González, de todo resabio extranjero. Por el género de sus producciones más celebradas, sale de los límites de este estudio el Marcial salmantino, mas pertenece á él en otro concepto. Fué Iglesias lírico horaciano, pero de una manera especial y singularísima, robando y saqueando sin escrúpulo á los del siglo XVI, especialmente al bachiller Francisco de la Torre y á Valbuena, aprovechándose, no sólo de sus pensamientos, sino de sus frases y de versos enteros, trastrocándolos de su lugar, haciendo de dos tercetos un idilio, de dos octavas una oda, sin poner casi nada de su cosecha, pero con habilidad tan maravillosa, que, á no estar en autos, es imposible sospechar tales transmutaciones. Buena parte del primer volumen de sus obras está trabajada por este raro procedimiento. Pero justo es advertir que no debemos culpar de plagiarlo á Iglesias, puesto que él jamás pensó en publicar sus obras, por lo cual aparecieron confundidas en los manuscritos que dejó á su muerte, las propias con las ajenas. Tal vez hacia esos ensayos como estudio de versificación y de lengua, y hemos de creer de su escrupulosa probidad que nunca intentó apropiarse la hacienda de otros, mucho más siendo fácil de descubrirse el hurto, por no tratarse de obras inéditas ó raras.

Los que Iglesias llama *idilios* son composiciones elegíacas, pero de corte métrico muy horaciano. Escritas con verdadera é intensa melancolía, no muy común en el siglo pasado, y con sencillez de expresión muy notable, méritos hartos reúnen para no estar tan olvidadas. Hállanse llenas de retazos de poetas antiguos y en *El desfallecimiento*, v. gr., están intercalados sin rebozo siete ú ocho versos seguidos del *Bernardo*, de Valbuena

« ¡ Cielos ! Á cuál deidad tengo agraviada.... »

Pero hay en estos *idilios* bellezas propias dignas de alabanza. En el XIII leemos estos versos :

« Alma dichosa , que en amor ardiendo  
Sobre tu mismo fuego te levantas ,  
Y del mal libre , con graciosas plantas  
Los campos de zafiro vas midiendo ,  
Y al cielo te adelantas.

Mientras del tercer globo florecido ,  
Entre mil lirios , de mancilla exentos ,  
Cogiendo vas los castos pensamientos  
Del puro afecto que á tu fe he tenido  
Sin falsos fingimientos.

Vuelve los ojos , mira el sacrificio  
Que agora á tu deidad hacer espero....

.....  
Que mi alma por seguirte estará ufana  
Suelta del cuerpo que por ti padece ,  
Tú acoge agora el don que ella te ofrece ,  
Don que el amor acendra , el dolor sana  
Y el honor engrandece.... »

Así por las ideas como por la forma salen de

la esfera común de la poesía del siglo XVIII estos *idilios*, en que pareció revivir la musa de Francisco de la Torre.

De las cinco *odas* de Iglesias, una está compuesta con versos de Valbuena, y escrita en la misma combinación métrica que los *idilios*. Otras dos *Á la noche* y *Al día* deben al mismo autor sus mejores estrofas, ricas de poesía descriptiva:

« Salen las negras horas que en beleño  
Ciñen la sien severa,  
Vertiendo sombra y derramando sueño  
Por toda su carrera....

.....  
Sale el sol con ardiente señorío,  
Toda la mar se altera,  
Tiembla la luz sobre el cristal sombrío  
Que bate su ribera.

Crecen los rayos de la luz febea  
Con más pujante aliento,  
El bajo suelo en derredor humea,  
Y arder se mira el viento.... »

Pero lo que Iglesias añade no desdice de estos brillantes rasgos, y á despecho de su rara estructura, son estas dos odas de las buenas de la poesía horaciana en el siglo XVIII.

Menos iguales, aunque tienen estrofas de mérito, son la dirigida *Á una fuente* y la compuesta *En loor de los héroes españoles*. Esta segunda imita el *Quem Divum aut beroa*. En la quinta de sus *églogas* intercaló nuestro poeta un canto, no malo, en *sáficos-adónicos-leoninos*, al modo de Cadahalso.

Iglesias no tuvo rival en la sátira fácil y ligera con formas nacionales; pero la *sátira* clásica, no cultivada apenas desde Jorge Pitillas, llegó á su apogeo en otros dos poetas de la escuela salmantina, Forner y Jovellanos.

De Jovellanos son las dos sátiras *Á Arnesto*, únicas que en castellano disputan la primacía á las de los Argensolas, y aun la obtienen, á mi entender. Pero entrambas son de la cuerda de Juvenal, sin que se perciban allí rasgos horacianos.

Las admirables epístolas del magistrado gijonense *Á Bermudo* y *A Posidonio*, tesoro de altas ideas y generosos pensamientos, la compuesta desde el monasterio del Paular, la dirigida á Moratín y alguna otra, son modelos en el género filosófico, ni antes ni después igualados en las literaturas peninsulares. Pero ni la doctrina allí expuesta es la de Horacio, ni el tono se parece en nada al de las epístolas morales del lírico de Ofanto. Jovellanos es más grave y severo, escribe con sinceridad y convicción profundas, no se permite laxitud alguna, ni se detiene en la tranquilidad egoísta de los epicúreos. La austeridad continua de su estilo contrasta con el gracioso desenfado del de Horacio:

« Así también de juventud lozana,  
Pasan, ¡ oh Anfriso !, las livianas dichas.  
Un soplo de inconstancia, de fastidio

Ó de capricho femeníl las tala,  
 Y lleva por el aire, cual las hojas  
 De los frondosos árboles caídas.  
 Ciegos, empero, y tras su vana sombra,  
 De continuo exhalados, en pos de ellas  
 Corremos hasta hallar el precipicio  
 Do nuestro error y su ilusión nos guía... »

(Epístola *A Anfriso*.)

Desde los tiempos de Jáuregui no se había manejado el endecasílabo suelto con la maestría con que le empleó Jovellanos. Solía decir éste, según cuentan sus biógrafos, que *tenía horror al consonante*; saludable horror, por cierto, y que hubiera convenido á muchos de nuestros versificadores clásicos.

Algunas de las epístolas menos perfectas de Jovellanos, la dedicada *A Eymar*, por ejemplo, tienen un sello más familiar y horaciano. Sus odas sáficas *A Poncio* (Vargas Ponce), *Al capitán D. José de Alava*, y *A D. Felipe Rivero*, si no anuncian un ingenio lírico de primer orden, son, con todo eso, poesías agradables, bien escritas, aunque versificadas con mucho desaliño. La primera muestra con evidencia la aversión que inspiraron al grande escritor los horrores de la revolución francesa.

Interés histórico mayor aún tiene la oda, asimismo horaciana, en que enérgicamente se flagela la general corrupción y decadencia de España durante el gobierno del príncipe de la

Paz. Ni son para olvidados en otro género los que el autor llama *idilios A un supersticioso*, *A Almena* y *Al sol*, composiciones del todo líricas, y fundadas las dos primeras en pensamientos de Horacio. Citaré, por último, la endeble oda moral *A un amigo en un infortunio*, escrita á ejemplo del *Nonsemper* del lírico romano:

« Nada por siempre dura:  
 Sucede el bien al mal, al blanco día  
 Sigue la noche oscura,  
 Y el llanto y la alegría  
 En un vaso nos da la muerte impía... »

Aunque inferior á Jovellanos, fué D. Juan Pablo Forner uno de los entendimientos más claros y vigorosos del siglo XVIII. Lista juzgó de él que *tenía el ingenio más apto para comprender las verdades que las bellezas*, y, en efecto, no fué la poesía su vocación principal. Forner era, ante todo, crítico y polemista; por eso brilló en la sátira de todas formas. Él mismo dice que *fué su destino empuñar la clava crítica, y aporrear á diestro y siniestro á cuantos espantajos literarios se le ponían por delante*. Su sátira no punza ligeramente, sino que desuella y mata. Con esto basta para comprender que no es horaciana ni por asomos. Léanse las dos que escribió *Contra los vicios introducidos en la poesía castellana* y *Contra la literatura chapucera del tiempo presente*, y, prescindiendo de alguna dureza y escabrosidad en

los versos, de ciertas frases oscuras y alusiones remotas, se admirará lo bien trabado de los razonamientos, lo incisivo de las diatribas, lo copioso de la doctrina, y lo robusto y bien entonado de los tercetos, dignos, en ocasiones, de los Argensolas ó de Jorge Pitillas. Fáltale á Forner el colorido poético, mas súplelo la indignación verdadera y profunda, que es su musa. Conoce y emplea magistralmente la lengua, y, como admirador y panegirista de Vives, hace del *sentido común* la palanca de su poderosa crítica. Escribió Forner, para contrarestar la invasión del enciclopedismo, unos *Discursos filosóficos* en verso, acompañados de eruditísimas ilustraciones. Tampoco estos discursos tienen el menor parecido con las epístolas de Horacio. En éstas nunca se expone la doctrina metódicamente y con pretensiones didácticas. Los verdaderos modelos de Forner en esta ocasión fueron, en cuanto al género, el *Anti-Lucrecio* del cardenal Polignac, el *Ensayo sobre el hombre* de Pope, y la *Ley Natural* de Voltaire. Con frecuencia combate los principios y teorías de los dos últimos. Dejó Forner muchas poesías líricas, más apreciables por lo castizo de la dicción que por otras excelencias. Son horacianas las odas *A Damon* (Estala), en que aparece de manifiesto la tendencia moralizadora del poeta, otra que comienza

« No me aqueja fortuna... »

y tres epístolas á Llaguno, á D. Luis Godoy y á Lelio, dignas todas de estimación por lo que tienen de sátiras. Últimamente, hay de él una oda sáfica, burlándose de otra así llamada que insertó en el *Diario de Sevilla* cierto coplero.

Á todos sus amigos del primer período de la escuela salmantina, excedió como lírico don Juan Meléndez Valdés, en quien vino á quedar finalmente el patriarcado de la escuela. No pertenece á este lugar la apreciación, ya muchas veces y con acierto hecha, de su talento poético, y de los diversos modelos que alternativa ó simultáneamente obraron en el desarrollo de su ingenio. Meléndez comenzó haciendo anacreónticas, muy apartadas de las del lírico de Teos, y pocas veces semejantes á las de Villegas. Las de nuestro Batilo son las más veces odas eróticas, con algo de pastoriles y mucho de descriptivas. Hay, entre ellas, algunas imitaciones de Horacio, primorosas y ajustadas, sobre todo la del *Quid dedicatum poscit Apollinem*:

« ¿ Qué te pide el poeta ?  
¿ Di, Apolo, qué te pide,  
Cuando darrama el vaso,  
Cuando el himno repite?... »

Léanse además la 5.<sup>a</sup> *De la primavera*, la 6.<sup>a</sup> *A Dorila*, la 44.<sup>a</sup> *El pecho constante*, y la 47.<sup>a</sup> *De la nieve*. Las ideas de la primera reaparecen mejoradas en el idilio IV, que es bellissimo. Me-



léndez se repite continuamente en ideas y en frases.

Pasando rápidamente por los *romances*, *sonetos*, *silvas*, *elegías* y *églogas* de nuestro melifluo poeta, no sin advertir que en esta parte de sus obras tampoco faltan reminiscencias de Horacio, fijémonos en las *odas* propiamente *horacianas* del tercer volumen. De ellas hay algunas eróticas, género predilecto de Meléndez, y á todas excede el lindo *Diálogo de la reconciliación*, imitado del de Horacio y Lidia, aunque con un carácter pastoril que no tiene en el original latino, y que le desfigura y enerva no poco. Elogios merece también, aunque no por la originalidad, el himno á Venus, puesto que Meléndez le da como traducción, sin advertir de qué autor ó lengua. Las *odas morales* son en gran número. Á veces están imitadas de las de fray Luis de León con maravillosa destreza en la superficie del estilo; véase esta estrofa de la oda á Fr. Diego González, sobre el tema del *Aequam memento*:

« Verás qué tempestuosa  
Tiniebla envuelve el día, y el luciente  
Relámpago cruzar la nube ardiente;  
La ronca voz del trueno  
Sonar majestuosa,  
Y temblar de horror lleno  
El rústico, inundados  
Entre lluvia y granizo sus sembrados....»

Y, sin embargo, ¡qué lejos se halla esto del

vuelo inusitado de aquellas estrofas, que terminan con el sublime rasgo

« Y entre las nubes mueve  
Su carro, Dios, ligero y reluciente !....»

Otra oda, compuesta en alabanza de un sermón de Fr. Diego González, y hasta nuestros días inédita, es de carácter aún más *salmantino*, y tiene algo de la dulcedumbre del gran maestro:

« Tal más rico que el oro  
Del pecho del Crisóstomo salía  
El celestial tesoro  
De la sabiduría,  
Y de su dulce boca miel corría.... »

Meléndez poseyó una facultad especial de asimilación, y si no el espíritu, á lo menos el mecanismo externo de versificación y lengua en los poetas del siglo de oro, sabía hacérselos propios con maravillosa facilidad. Á Francisco de la Torre le imita con frecuencia:

« ¿ Ves, ¡ oh dichoso Lícidas!, el cielo  
Brillar en pura lumbre....  
Del céfiro en las alas conducida  
Por la radiante esfera,  
Baja, de rosas mil la sien ceñida,  
La alegre primavera.  
Y el mustio prado que el helado invierno  
Cubrió de luto triste,  
Al vital soplo de su labio tierno  
De hierba y flor se viste.... »

Otras veces se inspira derechamente en Horacio, y no en sus discípulos españoles, v. gr., en la oda 29.<sup>a</sup>

« Huye, Licio, la vida ;  
Huye fugaz cual rápida saeta.... »

Escasea generalmente en Meléndez la sobriedad horaciana, y el poeta descriptivo se sobrepone siempre en él al lírico. Es demasiado abundante y lozano en el estilo, y no abunda en transiciones rápidas. Lejos de suprimir ideas intermedias, gusta de pararse donde quiera que puede ostentar morbidez de estilo y fáciles versos. Apenas son excepciones de esta regla dos odas sáficas *A la fortuna* y *A los libros*, entrambas clásicas y horacianas:

« Por vos escucho en el Aonio cisne  
La voz ardiente y cólera de Ayace,  
Los trinos dulces que el amor te dicta,  
Cándido Teyo.

Por vos admiro de Plátón divino  
La clara lumbre, y si tu mente alada,  
Sublime Newton, al Olimpo vuela,  
Raudo te sigo.

En la tribuna el elocuente labio  
Del claro Tulio atónito celebro:  
Con Dido infausta dolorido lloro  
Sobre la hoguera.

Sigo la abeja que libando flores  
Ronda los valles del ameno Tíbur,  
Y oigo á los ecos repetir tu nombre,  
Dulce Salicio.... »

¡Lástima que la novedad y atrevimiento de las ideas no corresponda aquí al primor y elegancia de la frase!

Meléndez alcanzó también la concisión lírica en cuatro odas sagradas, *La presencia de Dios*, *La tribulación*, *El ser incomprendible de Dios* y *La prosperidad aparente de los malos*, no bastante fervientes y encendidas si las comparamos con las del siglo XVI, pero muy superiores á casi todas las del XVIII. El tono de Fr. Luís está, en lo posible, bien imitado y sostenido.

Entre las poesías que Meléndez llama *filosóficas* y separa, no sé por qué, de las *morales*, se cuentan dos remedos de Fr. Luís, ambos notables, la oda *De la verdadera paz*, y la dedicada al obispo Tavira *en la muerte de su hermana*. Las dos son brillantes muestras del anhelo con que procuraron reanudar la antigua tradición los poetas de Salamanca, tan malamente acusados de galicistas é innovadores.

La obra maestra de Meléndez en la lírica elevada, la oda *A las artes*, no es horaciana en conjunto, pero si debe al libro de Winckelmann toda su erudición estética y sus más celebrados rasgos, á Horacio es deudora de la incomparable introducción

« Como el ave de Jove, que saliendo.... »

tomada del *Qualem ministrum fulminis alitem*, pero

con la libertad y el brío que ponen en sus altas imitaciones los verdaderos artistas.

Dicen que nuestro poeta pretendió oscurecer con su oda *Á las estrellas* la *Noche serena* de fray Luís de León. Si tal pensamiento tuvo, fuerza es confesar que se le ocurrió en mal hora, dándole sólo ocasión para una tristísima caída. Don Juan Tineo, aunque ensañándose con Meléndez, puso de resalto la distancia inmensa de ambas composiciones.

Obedeció Meléndez á la manía *filosófico-didáctica* de su siglo, componiendo numerosas y larguísimas epístolas y discursos en verso suelto y en tercetos, bien escritas y llenas de generosas y sanas aspiraciones, aparte de muchas utopías candorosas y mucha sensibilidad ficticia que cansa y empalaga. El fondo de las ideas suele estar tomado de publicistas italianos, y aun de los sectarios franceses de la *Enciclopedia*, muy leídos y admirados en Salamanca. La única un tanto horaciana de estas epístolas es la dirigida *Al Dr. D. Plácido Ugena*.

El tipo más señalado del *filosofismo poético* fué Cienfuegos, escritor hoy más respetado que leído, pues realmente falta paciencia para soportar sus eternas declamaciones sobre el amor universal ó *panfilismo*, como decía Hermosilla. Escritor incorrecto, neológico y desmandado, aunque enérgico de continuo, y alguna vez pro-

fundo y verdadero en las ideas y en los afectos, Cienfuegos poco ó nada tuvo de horaciano. En otros tiempos hubiera sido poeta romántico. Ni *La rosa del Desierto*, ni *La escuela del sepulcro*, ni la oda *Á un carpintero* caben dentro del molde clásico. La composición en *elogio de Bonaparte por haber respetado la patria de Virgilio* entra un poco en el género de Horacio, y aunque no de gran mérito, tiene menos desentonos y retumbancias que otros versos de Cienfuegos, quien mandó suprimirla en la segunda edición de sus obras, *por haberse hecho indigno de alabanza aquel tirano con sus posteriores usurpaciones y violencias*.

Próxima á morir la escuela de Salamanca, concentró sus fuerzas todas para dar á la España del siglo XVIII su gran poeta, el único que sin desdoro pudo oponer aquella edad á las dos anteriores, el segundo después de Fr. Luís de León entre los líricos castellanos, D. Manuel José Quintana. Compendio vivo de su siglo, participó Quintana en grado eminente de sus grandezas y de sus errores, y, en tal concepto, fué cantor admirable y grandilocuente de la ciencia, de la humanidad y de la patria. Faltáronle otras cuerdas en su lira, las mismas que faltaban en el alma de sus contemporáneos. Faltóle de todo punto la emoción religiosa; no acertó á expresar el amor como sentimiento, pero sí como admiración contemplativa á la belleza plástica;

y cuando quiso cantar las grandezas naturales y la inmensidad del Océano, no hizo otra cosa que entonar un himno á los progresos de la navegación y á la audacia de los hombres. Fal-tóle, como á su siglo, la concisión y la sobriedad clásicas; fué, como él, amplificador, retórico, difuso, abundante en declamaciones y en apóstrofes, enamorado de quimeras, aborrecedor de fantasmas. Tenía poco de *horaciano*, calidad que consigo lleva las de mesura, aticismo y flexibilidad, incompatibles con la índole exclusiva, rígida, estoica é indomable de Quintana. Y si algún vestigio de lírica latina ofrece, no es en sus célebres odas *Á la Imprenta*, ó *Á la Vacuna*, ni en sus cantos patrióticos, sino en composiciones más modestas y olvidadas, en la primorosa oda *Á la danza*, en el *Elogio de Meléndez*, ó en las estrofas improvisadas en un convite. Sus epístolas son del mismo carácter que las de Jovellanos, á quien una de ellas va dedicada. En *Las reglas del drama*, ensayo didáctico de su mocedad, hay más del *Arte Poética* de Boileau que de la *Epístola ad Pisones*. La composición más pagana del celebrado vate es la oda *Á la muerte de la Duquesa de Frias*. Allí están aquellos inolvidables versos, imitados en parte de uno de los *soloquios* estoicos del emperador Marco Aurelio:

«Granos todos de incienso al fuego que arde  
Delante de mi altar sois consagrados:

Que uno caiga más pronto, otro más tarde,  
¿Por eso habréis de importunar los hados?  
.....  
Bella fué, bella aún es: la amasteis bella:  
¿Queréis que venga la vejez odiosa  
Y en ella estampe su terrible huella?  
Muera más bien que envejecer la hermosa.»

Horacio no tuvo ocasión de llorar la muerte de ninguna hermosura; mas es seguro que, de haberlo hecho, no hubiera empleado otros pensamientos ni frases muy diversas de las del poeta castellano.

El segundo en mérito de los líricos salmantinos es D. Juan Nicasio Gallego, modelo insuperable de poesía académica y cortesana. No pertenecen al género que vamos estudiando sus célebres odas *Al Dos de Mayo*, *A la defensa de Buenos-Aires*, *Á las Bellas Artes*, ni tampoco sus elegías *áulicas*; pero sí algunas composiciones ligeras y graciosas, en que apenas han parado mientes lectores ni críticos. Tal es la oda *A Corina ausente*, donde hay imitaciones de Francisco de la Torre:

«Yo triste á crudo invierno  
Y á llorar en tu ausencia condenado....»

tal la dedicada *A Celmira*, y como superiores á una y otra *El rizo de Corina*, *El vaticinio* y la *Plegaria al Amor*. Todas rebosan de espíritu pagano.

« ¡ Felices ambos si tu seno abrasa  
 Chispa fugaz del suyo desprendida !  
 Que no es beldad la que sin mí se pasa,  
 Ni en pechos duros el placer se anida.  
 No quieras ver intacta tu belleza  
 Como en el yermo inútil amapola,  
 Que intacta vive en eternal tristeza  
 Y nace y muere desolada y sola... »

Movimiento más lírico tiene la *Plegaria*:

« ¡ Salve, divino amor, del hombre vida,  
 Fuego dulce y fecundo,  
 Deidad amable que al placer convida  
 Por todo el ancho mundo !... »

Sánchez Barbero, el preceptista de la escuela de Salamanca, en quien pareció renacer el espíritu del Brocense, era más bien filólogo que poeta. Hacía excelentes versos latinos<sup>1</sup>, siendo muy horaciano en ellos; pero no acontece otro tanto con sus poesías castellanas, en que los defectos de amplificación ociosa y desleído estilo á cada paso ofenden. En sus composiciones eróticas tiene rasgos clásicos de buena ley:

« Acuérdate, Latonia, cuando amabas,  
 Y en tu carroza leve,  
 Al Latmos encumbrado  
 Fogosa descendías,  
 Al tésalo pastor adormecías,  
 Y en dulces besos de su amor gozabas... »  
 (*Plegaria á la luna.*)

<sup>1</sup> Los tengo dispuestos para la publicación.

Los *Diálogos satíricos* compuestos en el presidio de Melilla tienen alguna similitud con ciertos *Sermones* de Horacio. Dos de estos diálogos, *Los viajerrillos* y *Los gramáticos*, merecen particular alabanza por lo fáciles y donosos. Tenía Sánchez Barbero excelentes condiciones para la sátira horaciana.

De Somoza poco hay que decir en este estudio. Fué el *humorista* de la escuela, y cultivó felizmente el género de costumbres, singularidad notabilísima en los tiempos que él alcanzara. Pero hizo además gran número de versos líricos de mediano mérito, aunque exentos de toda afectación, y en estilo y sabor muy castellanos. Son horacianas las tres odas *Á Fr. Luis de León*, *Al río Tormes*, *Al sepulcro de mi hermano*, faltas de nervio y de audacia lírica, pero bien pensadas y escritas. Lástima que asome en la primera y última una tendencia poco ortodoxa. Somoza, como muchos de su tiempo, hacía profesión de volteriano; pero aquí parece creer en la transmutación sidérica y en el sucesivo perfeccionamiento de los seres, delirios viejos hoy bautizados con el nombre de *espiritismo*:

« ¿ Y es del hombre la cuna  
 Y el féretro este punto limitado ?  
 ¿ Vivir en forma alguna,  
 De globo en globo alzado,  
 De perfección en perfección no es dado ?  
 Sí; que alternando un día

Con cuantos tienen en la luz asiento ,  
 La inmensa jerarquía  
 Del bien recorrer cuento ,  
*Y eterna escala ve el entendimiento....*  
 ¡ Ay, mariposa bella !  
 Guíame por la escala de esperanza ,  
 Que á la más alta estrella  
 Desde la tierra alcanza ,  
 Y los seres de un mundo en otro lanza....»

En estos versos, que por lo demás admiten interpretación sana, aunque no inducen á ello ciertos pasajes de un diálogo de Somoza, puede apreciarse el agradable estilo poético de este simpático escritor en sus imitaciones de Fr. Luís de León.

Tal es el glorioso círculo recorrido por la escuela poética de Salamanca en la centuria XVIII. Antes de estudiar el renacimiento en Sevilla, conviene fijarnos en el poeta más pura y exclusivamente *horaciano* de nuestra literatura en ese siglo, y en sus inmediatos ó posteriores discípulos y secuaces, puesto que los tuvo, aunque en escaso número, muy notables.

## XI.

D. Leandro Fernández de Moratín dejó como lírico escasa fama, por faltarle ciertas condiciones de las que atraen y subyugan la admiración

y el aplauso. Y, sin embargo, sus *Poesías sueltas*, que apenas han obtenido otros elogios que los de Hermosilla, son modelos clásicos insuperables. Táchanlas de frías y secas, negándolas por ende todo merecimiento, y no ven los que tal dicen que en el reino de la poesía hay muchas coronas, y que no está reservada la última al artista laborioso y concienzudo que trabaja con exquisita perfección la forma externa. Yo gusto mucho de Moratín como lírico, y no tengo reparo en confesarlo. Pocos versos hay en castellano que reproduzcan tanto como los suyos el eco de la musa latina. El numen inspirador de Inarco, así en las odas y epístolas como en el teatro, era el *gusto*, gusto de sobra estrecho, es verdad, pero sano, purísimo y acrisolado. No abunda en pensamientos originales y enérgicos, ni en emociones vivas; pero de aquí á decir que le falta toda poesía, hay gran distancia. Poesía de dicción y de estilo las tiene siempre, y no con intermitencias como otros de su tiempo, aunque entren en cuenta los más célebres salmantinos. Y esa poesía es siempre de buena ley, sin que se observen jamás en Moratín las declamaciones frenéticas, el ostentoso aparato de figuras retóricas, y las tiradas rimbombantes y ampulosas en que se complacían Cienfuegos y el mismo Quintana, dicho sea sin mengua de tan gran nombre. Siempre serán fuera de tono é hijas de un entusiasmo fac-